

**"Josecito... te van a cagar a piñas". Miedo y sentido común en el trabajo de campo**

José Garriga Zucal\*

**Una introducción al miedo**

Durante el trabajo de campo en varias oportunidades tuve miedo. A los miedos comunes del etnógrafo, aquellos que turban nuestras percepciones en términos académicos, le sumaba uno específico. Al igual que todos los investigadores etnográficos me preocupaba la necesidad de establecer relaciones de campo fructíferas para mi investigación y, también, la exigencia de hacer aportes al universo de discusiones académicas. Además, y aquí surge lo específico de mi estudio, en varias oportunidades del trabajo de campo temí por mi integridad física. Hacer una etnografía con una hinchada<sup>1</sup> de fútbol, según mi percepción, era sumergirse en un mundo de peligros y riesgos. En la investigación etnográfica viví momentos de zozobra, como cuando estuve en medio de un enfrentamiento con hinchas de Chacarita o cuando un policía me persiguió con su bastón unos veinte metros con el único objeto de probar la dureza de mi cabeza. Sin embargo, mi mayor miedo estaba en que los hinchas, con los cuales había establecido relaciones de campo, dudaran de mis intereses académicos y me atizaran una golpiza. Pensaba que mis interlocutores podían confundirme con un policía, o algo por el estilo<sup>2</sup> y que la confusión termine en una tunda.

El trabajo de campo empezó en febrero de 2004. El ingreso al grupo fue problemático; cuando decidí continuar mi investigación de doctorado con simpatizantes del club Huracán, en diciembre del 2003, no conocía a ninguno de sus hinchas ni sabía dónde quedaba su estadio. Entonces, entablé una lista de conocidos que podían vincularme al club y a su hinchada. Rápidamente tuve que explotar los contactos estableciendo una red que pudiera generar, en cada contacto, otro contacto. Lentamente fui conociendo simpatizantes integrantes de la hinchada otros simpatizantes, periodistas, dirigentes, políticos, etc., que me acercaron a una realidad que desconocía. Participar y observar las actividades cotidianas de los miembros de la hinchada, compartiendo su mundo social, permitieron conocer algunas de sus ideas acerca de la violencia y sus prácticas. Observar y participar en la cotidianeidad de una hinchada de fútbol es una tarea compleja. En este trabajo de campo no sólo asistí a los estadios cuando jugaba Huracán sino que realicé una variada gama de actividades como viajar en los micros de la hinchada, comer asados, tomar cerveza, concurrir a reuniones de socios, compartir cafés, ir a la sede, ir a

la Quemita<sup>3</sup> asistir a velatorios, hacer unas pocas entrevistas, visitar hinchas en sus casas, escapar a los gases lacrimógenos, caminar por el barrio solo, recorrer el barrio con uno de "los pibes", ir a reuniones de comisión directiva, viajar hasta los estadios visitantes, hacer la cola para sacar una entrada, emocionarme con un gol, decepcionarme ante una derrota, cantar, saltar, sufrir la represión policial, aprenderme las canciones de Huracán, recordar los nombres de los miembros de la "hinchada", jugar al pool, ir a asambleas de socios, visitar el CGP barrial<sup>4</sup> asistir a obras de teatro, viajar con la murga y ver sus bailes, etc.

A través de compartir esta cotidianeidad establecí vínculos con varios miembros de "la hinchada". Fue así que con el tiempo mis miedos fueron cambiando. A medida que las relaciones de campo se hicieron más intensas dejé de pensar que podía ser confundido con un policía. Sin embargo, nunca superé el miedo a ser golpeado. Este trabajo aborda principalmente ese miedo. Analizo mis temores y dudas a partir de dos situaciones sucedidas durante la investigación etnográfica, acontecidas luego de que los nativos leyeran algunos de mis trabajos. Para mí era una obligación ética que los "hinchas" leyeran lo que estaba escribiendo sobre ellos y por eso decidí darles varios avances de la investigación. La recepción del trabajo académico por parte de los hinchas suscitaba nuevos temores y aumentaba el más grande de todos. Ante las primeras devoluciones temí que una crítica rotunda de mis postulados podía terminar con las relaciones estables que había entablado y que la ira de mis interlocutores finalizara en una agresión física. Intento en este trabajo analizar por qué establecí que la consecuencia lógica de la crítica a los razonamientos de mi investigación y la ruptura del lazo establecido con los hinchas era una paliza.

**"Tenemos que hablar"**

Coco<sup>5</sup> tiene cuarenta y dos años, es un "hinchas" de Huracán que en cada conversación hace gala de su fidelidad por el club y de sus tantas peleas por el honor de la camiseta. Recurrentemente menciona que entre sus compañeros es "respetado" porque "va a todos lados"; seguir participando de los viajes junto a la hinchada le hizo ganarse el mote del "último de los mohicanos", que era un reconocimiento a su larga trayectoria. De mediana estatura y de barriga prominente, de tez clara y pelo canoso, tuvo en los inicios de

nuestra relación una alta dosis de desconfianza pero con el tiempo construimos una relación cordial y fraternal. Este hombre, dada su amabilidad y verborragia, se convirtió, sin duda, en uno de mis interlocutores predilectos.

Coco confiaba (y confía) en que mis intereses no eran espurios, es decir que ni por asomo pensaba que yo podía ser policía, como sí se les ocurría a tantos otros de los espectadores-informantes<sup>6</sup> Igualmente él no comprendía completamente mi trabajo, de hecho luego de más de cuatro años de relación sigue pensando que soy periodista; cuando más de una docena de veces le expliqué que era antropólogo. A pesar de no entender mi profesión sabía que tenía que escribir “una tesis” sobre la hinchada y estaba dispuesto a ayudarme. Eso generaba situaciones desopilantes, como preguntarme en tono sarcástico frente a un grupo de hinchas con los que compartía cervezas, si eso me servía para mi tesis, generando risas y preguntas.

Cuando escribí el primer trabajo sobre la hinchada de Huracán, un análisis sobre las definiciones territoriales y las prácticas violentas, hice 12 copias y una se la entregué a él. La recepción del trabajo fue buena y me permitió profundizar nuestra relación. Finalmente, cuando terminé de escribir la tesis de maestría hice cinco copias que repartí entre algunos de mis informantes; nuevamente, una de ellas se la di a él.

A Coco lo conocí a través del Perro, un ex integrante de “la hinchada” que en la actualidad es un reconocido e importante político de la zona. En el trabajo de maestría en el que analicé vínculos personales constituidos a través de la violencia dediqué un apartado a mostrar la relación personal entre ambos, los favores y bienes que entre ellos se intercambiaban. Además de presentar muchos relatos de Coco sobre enfrentamientos, peleas y definiciones sobre los valores grupales.

Por esta razón, esperaba ansioso por la devolución de este “hincha”, quería saber qué le parecía y cómo se sentía representado. Días antes de que se reanude el campeonato de fútbol (agosto del 2005) lo llamé por teléfono; había pasado más de un mes del momento en que le entregué el trabajo. Luego de saludarlo me dice que había leído la tesis y que debíamos conversar sobre la misma. Le pregunté, entre asustado y nervioso, si estaba malhumorado por algo que decía (mis palabras exactas fueron: *¿estás caliente por algo de lo que puse?*) y me contestó: *“vos sos un amigo... pero... tenemos que hablar”*. La conversación fue corta y careció de la cortesía con la que habitualmente me trata. Comúnmente me dice “Josecito”, me pregunta por mi hijo, bromea sobre temas circunstanciales<sup>7</sup> haciendo amena la charla; pero esta vez su tono era cortante y distante. Arreglé para pasar por su

casa al otro día por la tarde.

Lo cortante de la charla telefónica y la frase en que me decía que teníamos que hablar auguraban un mal presagio. Me afectaba recibir una lectura crítica del trabajo, en la que señalara errores y confusiones. Por otro lado, me preocupaba que como resultado de esa crítica se rompan las relaciones tan cordiales y afectivas que habíamos establecido hasta ese momento. Además, y principalmente, temía un ataque de ira y una pelea.

El diálogo no había sido fluido ni cordial pero eso no significaba que él estuviera enojado. La frase en la que me invitaba a hablar sonaba amenazante pero no indicaba que la charla tenga un desenlace violento. Coco, durante nuestras reuniones, me había contado muchas peleas y sabía que tanto él como otros integrantes de “la hinchada” consideran al enfrentamiento corporal a golpes de puño una herramienta válida para dirimir los conflictos personales. No tenía muchos fundamentos pensar que podíamos pelear a puñetazos, pero los temores crecían.

Estuve ansioso toda la noche. Mis nervios aumentaron cuando, al otro día, luego de contarle a mi esposa lo que me había pasado, ella me aconsejaba que no fuera a la reunión. Me decía en un tono perturbado, que aumentaba aún más mis nervios, *“mirá si te pasa algo... mirá si te pega”*.

Llegué a su casa a la tarde, los chicos que salían del colegio pasaban corriendo y jugando. Estaba ansioso pero no asustado. Interiormente no creía que Coco tuviera una reacción violenta. Aunque fantaseaba que cuando tocara el timbre salían cuatro o cinco de “los pibes” y me darían una tunda. Toqué el timbre y me atendió su madre, cuando me anuncié por el portero me dijo que pronto me atenderían. Coco salió de su casa con una sonrisa entre dientes y me dio un abrazo, que fue gratamente correspondido.

Coco siempre está vestido con algo que lo distingue como simpatizante de Huracán: una remera con los colores, un pantalón con el escudo, una campera roja y blanca o hasta las ojotas con el globo. Coco pertenece a “la hinchada” desde hace muchísimos años, desde la época en que ésta era liderada por el Gallego, reconocido líder de principios de la década del '90, quien era su “amigo”. Me preguntó como estaba, nuevamente me llamó “Josecito”; había en el trato afecto y cordialidad. Decidimos ir a tomar unas cervezas a la sede del club Huracán para poder hablar tranquilos. Una sensación de alivio me arrebató, la posibilidad de que la crítica que tenía guardada terminara con nuestra relación se desvanecía. Y también se disipaba la posibilidad de que la crítica termine en una pelea.

En la sede, entre cervezas, él esquivaba el tema: me hablaba del equipo nuevo, de las posibilidades de ascender, de una changa que “le había salido”, etc. Carcomido por la ansiedad le pregunté qué le había

parecido el trabajo y cuáles eran sus comentarios. Le pregunté todo junto, sin respirar. Mi miró sonriente y me dijo que me había “zarpado”, que había puesto cosas de su relación con el Perro que no podían ser publicadas. Había datos que él me los había contado pero que no debían aparecer. Le comenté que no había problema, que lo sacábamos todo. Le mencioné que además la utilización de seudónimos contribuía a ocultar su identidad. Señaló que ya no importaba, que él “no vivía del Perro”. Afirmar que “no vivía del Perro” manifestaba su independencia económica y lo diferenciaba de otros “hinchas” que, por sus relaciones personales, han conseguido empleos y tienen obligaciones con este político local.

Además, reveló que muchas cosas las dijo adrede, para que el Perro se enterara de lo que pensaba. Coco creía que mi relación con Perro era fluida y que a través de ella podía hacer llegar mensajes a su “amigo”. Coco, entre risas, reconoció que me utilizaba de mensajero sin que yo me diera cuenta. No sólo llevaba información de un lado a otro, sino que forzaba con la información que Perro le hiciera un favor. Fui un engranaje de una relación mucho más amplia, duradera y estable<sup>8</sup>

Mientras pedía otra cerveza me dijo: “no te caientes... son pelotudeces”. Pero la charla no había terminado. Coco, movía el vaso y me miraba. Empecé a pensar que quería decirme algo más; que la crítica radical la había dejado para el final de la charla. En la tesis había datos de su vida personal, de sus adicciones, de sus trabajos informales; datos que podían, al hacerse visibles, señalar zonas oscuras de su personalidad que, tal vez, él quería mantener en las tinieblas. Nuevamente le pregunté si tenía algo más para decirme. Con expresión sumamente seria, dibujando un redondel con la transpiración del vaso de cerveza, me dijo: “Mirá... en el combate con los de Brown ponés que nosotros íbamos en micros y la verdad viajábamos en dos camiones”. Suspiré aliviado: sólo se trataba de unos datos mal registrados, prometí cambiarlos. Seguimos charlando y bebiendo.

No me había peleado con Coco, sus críticas no sólo no derivaron en una pelea sino que nuestra relación seguía estable. Pero sus objeciones habían sido concisas e importantes. Por un lado, reprochaba mi soltura para escribir sobre la relación personal que tenía con Perro. A pesar de marcar que el tema no le importaba, mi error había sido grande; había puesto luz sobre algo que él no quería iluminar. En el diálogo dejó claro que yo me había “zarpado” al enunciar detalles de su relación personal con Perro. Yo, que según ellos “entendía los códigos” de “los pibes”, había, con el objeto de seducir a la comunidad antropológica, ofendido a mis interlocutores, había puesto cosas que según su opinión no debían ser incluidas.

Y por otro lado, me criticaba un error en los da-

tos registrados, pero ese error era sumamente relevante en su esquema de percepción. La importancia que Coco le dio al dato mal registrado es una muestra del valor que tiene para los miembros de “la hinchada” ese tipo de información. En el momento me pareció poco importante pero no lo era para él (tal vez por eso dejó ese tema de conversación para lo último). Pienso que es necesario transcribir el párrafo para que se entienda el punto. En la tesis decía:

Coco continuamente recuerda muchas peleas, una de ellas lo tuvo como principal protagonista al vaciar un cargador de un revólver en el combate:

“Nos estaban esperando los de Brown con los de Racing, eran muchísimos, salían de todos lados. Nosotros llegamos en micros, creo que eran 4 o 5 micros, pero esos putos eran un montón. Ese día vaciamos siete cargadores, los cagamos a corchazos. Yo tenía un fierro y tiré. Estaba re loco, me había tomado una línea así (señala con sus manos unos veinte centímetros entre el índice de una mano y el de la otra, marcando la extensión de la dosis de cocaína que había ingerido). El gil cayó, estaba todo aujereado (sic) y le puse el fierro en la boca, te juro que lo hacía boleta. Lito lo salvó, vino y me sacó de los pelos.”

En el mismo párrafo donde confundía los tipos de vehículos mencionaba su adicción a las drogas, la utilización de armas de fuego contra rivales, la crudeza de un enfrentamiento físico. Señalar que no me había “zarpado” con lo expuesto sino que había confundido un dato que parece menor, expresa el valor de la historia según sus ojos. El dato no era para nada menor, era la prueba de su participación en hechos que nutren de prestigio a “los hinchas”. Mi confusión podía poner en duda la veracidad de lo relatado. El dato que carecía de importancia ante mis ojos era, en realidad, la señal de su participación en el mismo. Para mí el relato probaba el valor positivo de la violencia, los usos corporales de los luchadores, etc; para él, el relato testimoniaba su intervención en gestas que lo enaltecen. Dos miradas distintas se entrecruzan. Cada una califica (y forma) el relato desde sus intereses, teniendo en cuenta dos comunidades de referencia distintas: la académica y la de “los pibes”.

Visacovsky (2005) menciona que uno de los riesgos que corremos cuando nuestros interlocutores nos leen es decepcionarlos y, así, desgastar el vínculo afectivo. En la situación analizada por este investigador el desencantamiento es producto de un enfoque analítico que, con el objeto de indagar los usos sociales de la memoria, presenta datos que cuestionan los fundamentos de la memoria social de sus informantes. Nuestro caso es distinto; las dos objeciones de Coco descubren dos problemáticas diferentes. Por un lado, con el objeto de dar solidez a mis argumentos había desnudado costados oscuros de una relación que los

informantes no querían hacer pública. Por el otro, había confundido datos de suma importancia para mis interlocutores, datos que para mí no tenían relevancia en mis argumentos pero que eran centrales en su percepción. La relación afectiva y cordial con mi informante corrió peligro aunque parece que ninguno de mis errores era tan grave como para derruir el lazo que entre ambos habíamos construido y, menos aún, para aprender a golpes de puño.

### “Te van a cagar a piñas”

Unos ocho meses después de este episodio pasé, nuevamente, por una situación tensa. Transcurría abril de 2006 y seguía manteniendo mis relaciones de campo. Los miércoles solía ir a la sede y charlar con varios informantes. Ese miércoles me encontraría con Ramón y con Jorge. Decidí aprovechar el tiempo en Parque Patricios y llamar a Coco. En los dos últimos partidos en la cancha de Huracán no lo había encontrado; me llamaba la atención pero creía que tenía que ver con la “nueva vida” que siempre decía que estaba por empezar.<sup>9</sup> Lo llamé a la casa, me atendió su madre, y me contestó que no estaba, que estaba haciendo un curso de no sé que cosa, que no entendí por el teléfono. Decidí llamarlo al celular. Me atendió y me dijo que estaba ocupado, pero que necesitaba hablar conmigo. Le dije que esa tarde iba a estar por Parque Patricios y quedamos que pasaba por su casa a las cinco.

Llegué a la casa unos minutos antes de lo pactado. Sabía que él había llegado porque su vieja moto estaba atada contra un árbol en la vereda. Me saludó con efusividad. Me dijo que estaba bien y me preguntó cómo estaba yo. Segundos después se puso serio, me miró a los ojos y me dijo: “Josecito, quería hablar con vos...(hizo un silencio largo y solemne) *te van a cagar a piñas. Te están buscando y te quieren cagar a piñas*”.

La verdad no entendía nada; no podía salir de mi asombro. Le pregunté quién y por qué. Me contó rápido y sin orden que Perro estaba disgustado -“re caliente”, dijo- con algo que yo había escrito y que había salido publicado en Internet. Al parecer Perro estaba enojado conmigo pero también con él. Según Perro, Coco había hablado de más. Nuevamente la recepción de un trabajo me complicaba las relaciones de campo. Coco, con tono grave pero decidido, me dijo que todavía no había hablado con Perro, pero que pensaba “mandarlo a la mierda”, que era “un boludo”, que “lo iba a cagar a piñas”.

Coco, eufórico, recordaba que la relación entre nosotros empezó porque Perro nos presentó y éste le había dicho que hablara conmigo con total confianza. No podía creer que Perro, ahora, lo acusara a él de hablar de más, si lo había hecho por su pedido y con su consentimiento. Coco estaba enojado con Pe-

ro. Nuevamente mencionaba que lo “iba a cagar a piñas”, que “él no vivía” del Perro y que ya estaba harto de éste.

Coco mencionó que para él estaba “todo bien” conmigo. Pero algunos de “los pibes” no sentían lo mismo, aludió con preocupación que había “*mucha mala onda*”, que había “*una cabrón bárbara*”.<sup>10</sup> Indicó que Oso y Pedro eran, según se había enterado, los más enojados, los que querían “*cagarme a piñas*”, pero que no sabía si la “*mala onda*” se había extendido. Ambos temían que lo expresado en el artículo le hiciera perder el trabajo a Perro y eso repercutiera negativamente en ellos.

Pedro y Oso eran dos hombres identificados con Perro. Pedro es un hombre de unos cuarenta años, de tez oscura y contextura delgada, reconocido entre sus pares por su “aguante”.<sup>11</sup> Es empleado del gobierno, mucho antes de que Perro obtuviera el puesto actual; pero desde que éste está en sus funciones, sin duda él está mejor. Pedro es chofer, guardaespaldas, cadete, confidente, y lo ayuda a Perro a entrar en barrios difíciles por su peligrosidad; barrios donde Pedro es conocido y respetado por su paso por “la hinchada”. Hoy día, Pedro no se reconoce parte de este grupo, aunque muchos lo señalan como un referente. Oso, por el contrario, sigue siendo parte de “la hinchada” y junto con Coco, “*van a todos lados*”. Oso es más grande de edad que su compañero, de prominente barriga y baja estatura es uno de “*los más viejos de la hinchada*”, como él mismo dice. Hace un tiempo corto que Perro le consiguió “*un laburo*”. Pensar que ambos estaban enojados conmigo, por algo que su jefe les había dicho, me daba temor. Uno y otro tenían muchos contactos entre la “hinchada” y podían empezar a desparramar “la mala onda”. Además en una pelea a golpes de puño con ellos, verdaderamente, no me veía bien parado. Nuevamente los miedos.

Me dijo que con Pedro se había cruzado hace un día en la sede y no lo saludó, para mostrarle su desagrado a la forma de actuar de Perro. Además, mencionó que Oso había ido hasta su casa para contarle que Perro estaba muy enojado con él por algo “*que un boludo había escrito y que se había re zarpado*”. Coco, muy serio, señaló que le había dicho que “*el boludo*” era yo; “*el periodista*” con quien había compartido más de una cerveza, el que había viajado a Mar del Plata con ellos, el que fue junto a ellos a Defensores.<sup>12</sup> Coco dice que Oso sabía que yo era de fiar, y que al enterarse que era yo el objeto de la ira de su jefe, había bajado “*un par de cambios...pero...igual hay una cabrón bárbara*”.

Cada vez más serio me recomendó que no fuera a la cancha el sábado, que “*si se pudría*” y me agarraban entre varios él sólo podría defenderme “*contra tres o cuatro*”. Inmediatamente imaginé la escena de un tumulto de gente pegándole a un espectador tira-



do en el piso; y ese espectador era yo.

Cambiando completamente la expresión de su rostro me pidió que lo felicite porque se había recibido de colocador de Durlock; sacó el título de su riñonera, lo desdobló y me lo mostró sonriente. Me despedí, prometiéndole que hablaría con Perro y luego lo llamaría.

Fui caminando hacia la sede. No podía creer lo que estaba pasando. Entre nervioso y enojado, me preguntaba: ¿Cómo había llegado el artículo a las manos de Perro? ¿Qué decía el artículo que motivaba su enojo? ¿Quiénes estarían enojados? ¿Sólo Pedro y Oso u otros hinchas también tendrían bronca? ¿La amenaza sería real?

En la puerta de la sede me encontré con Jorge. Me saludó con un beso y un abrazo, mientras jugaba con su anillo con el escudo de Huracán. Nos sentamos en una mesa del buffet, pedimos café para los dos y una jarra con agua. Jorge tiene más de cincuenta años, él afirma que ya no pertenece a “la hinchada”; sin embargo, siempre está con “los pibes”. Decidí preguntarle si sabía algo de lo acontecido. Jorge me podría decir cual era el grado de disgusto y si éste era general.

Le conté que venía de la casa de Coco y que me había dicho que Perro estaba disgustado con algo que yo había escrito. Jorge es corpulento, de modales pausados y tranquilos, estaba vestido con ropa sport pero elegante. Sin darle mucha importancia me dijo que ya sabía. Que se lo habían dicho Oso y Pedro. Y que a los dos le contestó lo mismo: *“traeme lo que escribió José y mostrame en qué se zarpó”*. Comentó que Oso no le había dado mucha importancia al asunto pero que Pedro estaba muy disgustado. Jorge habla despacio, eligiendo las palabras e intentando ser didáctico. Me explicó que él había leído el trabajo y no decía nada importante, señaló: *“Perro está paranoico porque le están por dar un voleo en el orto”*. Jorge sostenía que lo estaban por echar del trabajo y el temor vinculado a ello buscaba una víctima propiciatoria. Le dije que el trabajo que él había leído no era el causante de este embrollo, sino otro más largo (la tesis de maestría) que le di pero que nunca había leído. Con gesto adusto, manifestó: *“Mirá...Perro me chupa un huevo...(hizo una larga pausa) ¿Tus cosas cómo andan?”*, preguntó cerrando el tema. Le señalé que estaba bien pero que ese asunto me ponía verdaderamente nervioso, que me daba miedo. Me dijo que *“no le dé bola”*, que no pasaba nada, que yo estaba con él y que no debía preocuparme por nada. Luego de transmitirme un poco de seguridad empezó a contarme que Huracán no le iba a ganar a Chicago, que el club esto, que el presidente aquello.

Terminé de charlar con Jorge abruptamente cuando llegó alguien con el cual tenía que hacer un “negocio”.<sup>13</sup> Un poco más tranquilo decidí encontrarme con Ramón. Éste, como todos los miércoles, estaría

en la cancha de hockey observando un entrenamiento de su hijo.

Ramón tiene unos treinta años y es uno de los bombistas de “la hinchada”. Es un joven corpulento de baja estatura, usa el pelo rubio bien corto, casi al ras del cuero cabelludo. A Ramón lo había conocido a través de Pedro, si “la mala onda” se había desparado lo sabría pronto. Además, Ramón es uno de “los pibes de la plaza”, el grupo más numeroso de “la hinchada” y de estar al tanto de algo me lo haría saber. Ramón, vestido con camiseta, pantalón y campera de Huracán, estaba sentado en las gradas del estadio de hockey. Me saludó cordialmente y conversamos sobre su participación en “la hinchada” más de una hora y media. No mencioné el tema que me angustiaba y él tampoco. Me despedí, asegurándole que nos veríamos el sábado en la cancha. Parecía que la “mala onda” no se había desparado. Pero sin duda el vínculo que había establecido con Perro, Oso y Pedro estaba en una situación inestable. La relación pendía de un hilo.

## Una amenaza, una derrota y muchos miedos

Al otro día decidí llamarlo a Perro. Primero investigué cuál era el artículo que había generado tal alboroto y qué decía realmente. El único trabajo publicado en Internet sobre Huracán estaba en la página del IDES:<sup>14</sup> me preguntaba cómo había llegado a las manos del Perro. Revisé el artículo, temía que en el mismo se hubieran escapado señales que indicaran cuál es el trabajo de Perro, pero no decía nada al respecto. Así que fui a telefonarlo convencido de poder solucionar el malentendido.

La conversación telefónica duró unos pocos minutos. Al principio pareció desconocer quién hablaba, parecía que no registraba mi nombre. Cuando le dije el motivo del llamado -hablar sobre el artículo publicado en Internet- me reconoció. Dijo que era *“un caradura”*, que lo llamaba después de haberlo *“mandado al frente”*. Interrumpí para decirle que creía que no había nada que podía perjudicarlo y que si había algo podía, con gusto, modificarlo, sacarlo, borrarlo. Perro repitió una frase del artículo que dice que una persona se acomodaba su largo pelo lacio mientras viajaba en una camioneta del gobierno. Quedé anonadado, había leído la frase hace unos pocos minutos y me parecía que no descubría la identidad de mi informante, pero para él sí. Además, la recordaba como si la estuviese leyendo. Le dije que podíamos juntarnos a charlar, para solucionar este problema. Tajante me contestó: *“no tengo nada que hablar con vos”*. Repliqué diciéndole que no quería tener problemas y que me parecía que podíamos solucionarlo hablando. Nuevamente me dijo que no tenía nada que hablar conmigo, que para él era un asunto terminado. Finalizó la frase diciendo: *“pero*

*los pibes quieren hablar con vos*". El tono amenazante parecía decir que no sólo querían charlar conmigo. Le contesté que había hablado con Coco y que estaba *"todo bien"*. Nuevamente repitió y ahora con tono más amenazante: *"los pibes van a hablar con vos, ya vas a ver...ya vas a tener noticias"*. Se despidió ironizando: *"Que te vaya bien en la vida"*.

Turbado y confuso pensé en llamarlo de nuevo. La frase: *"los pibes van a hablar con vos, ya vas a ver"*, resultaba ante mis oídos una amenaza categórica y nada implícita. No sabía como aclarar este asunto. Lo llamé a Coco. Le conté lo charlado y me dijo que iba hablar con *"este pelotudo"*, *"que la chupe"* sentenció terminando la charla. La frase final parecía señalar que para Coco la amenaza de Perro era infundada, pero no aclaraba nada. Lo llamé a Jorge. Después de repetirle la charla con Perro me dijo que no me preocupe, que yo era su amigo y que nadie me iba a hacer nada. Afirmó que él iba a hablar con Oso para aclarar todo. No me dejó tranquilo.

La relación que había establecido con Jorge y Coco parecía mucho más estable de lo que yo creía. Muchas veces imaginé que si una situación de este tipo sucedía harían causa común entre todos contra el foráneo. Sin embargo, parecía que Coco y Jorge confiaban más en mí que en su "amigo" de años. Mi vínculo con Perro estaba completamente roto y parecía difícil solucionar el problema con Pedro y Oso. Verdaderamente me dolía que Perro pensara que yo había actuado de mala fe cuando él siempre supo de mis intereses; me dolía la nueva percepción que tenía de mí cuando varias veces habíamos compartido cervezas y aperitivos, charlas políticas y futboleras; me dolía que una persona a la que estaba (y estoy) agradecido por los contactos y relaciones que había establecido por su gestión piense eso. Pero sobre todo temía que la bronca de Perro se convierta en una paliza.

El resto del jueves y todo el viernes di vueltas sobre el tema, no podía despegarme del mismo. Los temores crecían a medida que se acercaba el sábado. Había decidido ir al partido, creía que no tenía por qué esconderme, no tenía nada que ocultar. Mi esposa acrecentaba mis miedos, decía que no fuera, que me iban a pegar entre todos y cosas por el estilo. Un amigo -ingenuo, pero buen amigo- se ofreció a acompañarme a la cancha para hacerle frente a las circunstancias. El viernes me junté con un hincha de Huracán; no sabía nada del tema y yo no le mencioné nada. Sobre el final de la charla me contó que un *"transa le había tumbado quinientos mangos en faso"*.<sup>15</sup> Que ante el robo del vendedor de droga había decidido que unos amigos le peguen un tiro en las piernas, *"para educarlo"*. Me dijo que luego de tomar la decisión lo llamó para ver si éste había recapacitado y pensaba devolverle el dinero, ante la negativa dice que se

despidió con un irónico. *"Que te vaya bien en la vida"*. La analogía entre las frases de él y la del Perro retumbó el resto del viernes en mi cabeza.

El sábado Huracán perdió con Chicago. El partido fue verdaderamente emotivo, Huracán con dos jugadores de más no pudo empatarle a un equipo que se atrinchero defensivamente para impedir el empate. Antes del partido hablé con Coco y con Ramón, hablamos del "telón", de la posibilidad de ir *"a buscarlos"* a los de Chicago, del campeonato; pero nada del Perro y del asunto que me inquietaba.

Antes de entrar a la cancha, mientras caminaba por el barrio desde la casa de Coco hasta el estadio, sentí varias veces miedo. Me había encontrado temprano con Coco en la puerta de su casa, pero lo llamaron por teléfono para ir a buscar unas banderas y se fue en su moto, dejándome solo. Caminé pensando que podía encontrarme con algunos de los que decían tener bronca. Pero no pasó nada. Jorge me había dicho que fuera con él a la platea pero decidí ir a la popular.<sup>16</sup> Dentro del estadio, también, tuve miedos. Antes de que comenzara el partido fui al baño e imaginaba la nota del diario del día siguiente, que relataba que habían encontrado a un hombre asesinado en el baño de Huracán. No pasó nada. En la cancha estuve charlando con Tito y bromeando con Nacho. Del otro lado del alambre lo vi al Oso, pero él no me vio. Las relaciones personales seguían su curso normal. Volví a mi casa sin problemas.

A los pocos días me llamó Coco, me contó que Perro lo había llamado. Que le había pedido que se junten a charlar. Coco, con satisfacción, señaló que le había respondido que *"estaba equivocado en su forma de actuar"* y agregó que casi gritándole le dijo: *"que no podía encabronarse ni con vos ni conmigo por algo que yo hice porque él me lo pidió"*. Me comentó que el llamado de Perro tenía como objetivo *"parar la cabrón"*. No sabía de qué me estaba hablando, por qué el Perro lo llamaba para pedirle que se calme. Me relató que unos días antes había corrido con una cadena al secretario de Perro, gritándole que lo tenían podrido, que *"los iba a cagar a corchazos a todos"*.<sup>17</sup> Me puso más nervioso aún, la escalada de amenazas parecía no tener fin. Le pedí, por favor, que no armara *"más quilombo"*, que ya había pasado todo, que terminemos el asunto. No le dio mucha importancia a mis palabras y siguió con su retórica de amenazas.

El temor de esos días se fue desvaneciendo lentamente. Cada vez que voy a Parque Patricios siento un poco de miedo de cruzarme con Perro o Pedro. Me contó Jorge que Oso no tiene ningún problema conmigo. Además, me enteré que al Perro lo echaron y que a "los pibes" que trabajaban con él no. Creo, entonces que la tensión se ha enfriado, que el miedo lentamente debe irse.

Guber (2001) relata que ante un incidente en

su trabajo de campo, en la que sus informantes la acusaron de trabajar para los servicios de inteligencia del Estado, uno de sus miedos era no poder continuar su trabajo como lo venía haciendo, que la declararan "persona no grata". Esta posibilidad siempre existió en mis horizontes, yendo de la mano con el riesgo de la ruptura de las relaciones de campo. Sin embargo, parece que esta investigadora nunca temió por su integridad física, nunca pensó que la acusación finalizara en una agresión.

Aquí hay dos puntos para discutir. Uno que quedará relegado para otro trabajo, que tiene que ver con los roles de género de los investigadores: hasta qué punto la posibilidad de ser golpeada no existe en la perspectiva de esta investigadora por ser mujer. Verónica Moreira realizó una investigación de campo entre miembros de "la hinchada" de Independiente, en un trabajo (Moreira 2006) analiza las complicaciones de que una mujer haga una investigación etnográfica en un campo de hombres. Entre los obstáculos para su investigación no menciona la posibilidad de sufrir una agresión física. Ella nunca temió ser golpeada, por el contrario, se sentía protegida y cuidada por estos hombres que ante ella se comportaban como caballeros. Como hombre sentía que el horizonte de posibilidades era muy distante; muchas veces me sentí cuidado y protegido pero entendía que existía la posibilidad latente de ser golpeado.

Además, y éste sí es el punto que propongo trabajar en el próximo apartado, cuánto influye el temor a la violencia como forma de reacción de nuestros informantes con la imagen que nosotros tenemos de ellos. Guber (2001) nunca temió ser agredida porque en la imagen que ella tenía de los excombatientes no entraba esa posibilidad.

## Una idea sobre mis miedos

He establecido relaciones personales con muchos hinchas: cada uno tiene su lógica particular, su forma de condicionar y modelar nuestro vínculo. Sin embargo, todas las relaciones personales que establecí en el campo, a pesar de su especificidad, ubican a cada uno de los actores, a mí y mis interlocutores, en roles particulares.

Los dos relatos aquí tienen como objeto exhibir una diferencia. Mis miedos a ser golpeado por Coco, en el primer relato, eran totalmente infundados. Si bien yo sé que para los hinchas las piñas son una buena forma de solucionar sus conflictos, también sé que no es la única. Pensar que Coco podía violentarse conmigo era producto de la imagen de irracionalidad que tiene el sentido común de "los violentos de la hinchada". Imagen que comparto en tanto soy parte de este sentido común. La diferencia con el segundo relato es grande, grandísima. En esa oportunidad la amenaza era

real y no producto de mis fantasías paranoicas. Los miembros de "la hinchada" son concebidos desde mi enfoque, aunque luche contra muchos de esos preconceptos, como violentos, descontrolados, impulsivos, desbocados, etc. El antropólogo, además de pertenecer al mundo académico pertenece a una comunidad más amplia y comparte con ella el sentido común (Guber, 2001). El intento académico de analizar sus acciones sin la negatividad que caracteriza al juicio social no puede hacer que ubique a estos sujetos por fuera de aquellos roles que comúnmente se les adjudican.

He negociado con mis informantes cómo quería ser reconocido (Guber 2004). Pero esta negociación nunca pudo ubicarme en una posición que no contribuya a aumentar en alguna dimensión mis miedos. Me presenté como antropólogo pero a pesar de mis denodados esfuerzos muchos me han identificado de otras formas. Coco, Lito, Rambo, Tino, Pedro pensaban (y piensan) que soy periodista. Oso me llamaba "el escribiente", manifestando mi inclasificación. Sin embargo, otros han entendido mejor mi presentación. Para Jorge soy el "intelectual" y para Ramón, Perro, Tito y Nacho soy el sociólogo. El único que me clasifica como antropólogo es Alí. Sigo intentando infructuosamente ser reconocido como antropólogo, aunque debo reconocer que en esta negociación el mote de periodista no me desagrada totalmente. Mi objeto era generar la confianza suficiente para establecer buenas relaciones de campo y que mis intereses no fueran tomados como espurios. Entonces, ser confundido con el periodista siempre fue un mal menor. Yo no quería ser visto como policía.

Ser reconocido como periodista o como antropólogo, en más de un sentido ha contribuido a alimentar mis miedos. Como dice Auyero y Grimson (1997) las confusiones que nuestros informantes hacen de los investigadores en las relaciones de campo informan sobre el sentido común y las lógicas prácticas de éstos. Pero además de dejar claro la inmediatez del periodismo en el universo de lo imaginable para "los hinchas", un análisis un poco más profundo puede relacionar mis temores con las categorías del sentido práctico de éstos. Es así que imagino que para ellos yo soy un "cheto", un "careta", que no me "la aguanto", un "puto". Y hasta, por mi forma de ser, puedo ser reconocido como un "ortiva", un "buche". Todas formas de referirse a la otredad.

Los hinchas no me han dicho nunca nada de esto. La verdad, no sé si lo piensan o sólo yo lo pienso. Muchas veces han visto con desagrado que no los acompañe a tomar algo, o que los observe mientras se drogan. Me han burlado cuando me quejo de que las bebidas que toman están calientes y me acusan, entre risas, de "careta". Otras veces se han reído con mi estupor ante los relatos de enfrentamientos, etc. Muchos de estas etiquetas considero que surgen de

mi identificación como periodista o sociólogo o antropólogo, que me ubican como una "otredad". Yo soy un "otro" y muchas veces creí que para ellos era el otro más radical. Sin embargo, no puedo saber cuál es el rol que ellos me asignan o si todos comparten la misma percepción sobre mí. Puedo negociar una parte de mi reconocimiento pero no cambiar las categorías con las que clasifican a sus interlocutores.

Como afirma Guber (2001), no existe conocimiento que no esté mediado por el investigador. Mi subjetividad conforma mi apreciación de "los hinchas" y la misma no puede escapar de muchas de las categorías del sentido común. Entonces, me pregunto cuántas de mis percepciones sobre los hinchas están motivadas por la visión negativa que la sociedad tiene de las prácticas que los identifica. En síntesis, no puedo escaparme del juicio social sobre ellos; juicio que intento derruir a través de la comprensión de sus prácticas, pero que yo mismo reproduzco al establecer roles en nuestra interacción. Los que hacemos antropología nativa somos parte del mundo social que estudiamos y éste deja su impronta en forma de roles, categorías, etc. Guber (2001) dice que "ni el investigador es un agente totalmente externo a la realidad que estudia, ni los sujetos ni el investigador están en lugares que no hayan sido previamente interpretados". Puedo arriesgar que es el producto de esos roles, tanto el lugar que entendí que ellos me daban como el que yo les doy (involuntariamente), lo que da lugar a algunos de mis miedos.

## Palabras finales

Para Visacovsky (2005), la lectura y posterior apreciación de los sujetos de la investigación sobre nuestros trabajos nos ponen ante una disyuntiva: ajustar nuestro análisis a los intereses de la audiencia nati-

va o de la comunidad antropológica. Visacovsky no tiene dudas de que el compromiso debe ser para con los intereses científicos aunque los mismos terminen por destruir el vínculo afectivo con los informantes. Pero más allá de la certeza, la existencia de la pregunta significa que la comunidad nativa es un interlocutor de peso del trabajo antropológico.

Ahora bien, según Gil (2006) los controles nativos nos ponen ante una nueva prueba, para él más severa, ya que fiscaliza nuestras conclusiones y posturas no desde lo académico sino desde las teorías emic. Los exámenes nativos evalúan los datos que dan sustento a nuestro trabajo desde "su" enfoque; entonces, nos encontramos ante un nuevo desafío que surge de la evaluación de los datos de campo desde la óptica de sus practicantes.

Cardoso de Oliveira (1996) retoma la idea que Geertz trabajó en El antropólogo como autor, que distingue dos etapas de la investigación empírica: la del investigador "estando allá" viviendo la situación de campo y, su opuesto, la del antropólogo "estando aquí" en su oficina entre colegas. En esta diferencia, escribir es parte del "estando aquí" fuera de las situaciones de campo. Este esquema no es totalmente adecuado para los que hacemos antropología dentro de nuestra sociedad y menos aún para los que, por vigilancia epistemológica o por puro azar, se encuentran sujetos a la evaluación de sus interlocutores. Las relaciones de campo no terminan cuando uno se pone a escribir sino que esta etapa del trabajo etnográfico es parte del diálogo etnográfico. Tal vez, ésta es la parte más compleja del diálogo antropológico donde los intereses de las dos comunidades se muestran en tensión; pero producto de esta complejidad, posiblemente, sea la parte más rica.

## Notas

\* Doctor. CONICET / UNSAM garrigajose@hotmail.com

- 1 El grupo se autodenomina hinchada o "los pibes" o "la banda". Voy a usar estos nombres y no los que usan los medios de prensa, como "barras bravas". Desde aquí estas formas de dominar al grupo organizado de hinchas aparecerá sin comillas
- 2 Miedo que tenía un asidero mucho más concreto: en varias oportunidades participé de organismos del Estado que realizaron proyectos de prevención de la violencia en el fútbol. Estos organismos muchas veces son concebidos como "enemigos" por los miembros de las hinchadas.
- 3 Sede deportiva del club Huracán.
- 4 Los CGP son los Centro de Gestión y Participación que la Ciudad de Buenos Aires tiene enclavado en el barrio de Parque de los Patricios, lugar donde se hacen diversos trámites.
- 5 Obviamente, todos los nombres son ficticios.
- 6 Después de un año de constantes charlas Ramón, otro hincha, me dijo que al principio de la investigación pensaba que yo era policía.
- 7 Siempre luego de saludarlo le pregunto cómo está y el contesta haciendo algún chiste. En una oportunidad me dijo, en tono jocoso que lo llamaba justo cuando se estaba "cojiendo a Pampita" (o sea, teniendo sexo con



una conocida modelo), en otra oportunidad me dijo que estaba viendo la novela de Osvaldo Laport (reconocido actor de gran corporalidad) porque él se sentía representado por las similitudes corporales con el actor, “tenemos el mismo lomo, viste”, afirmaba entre risas.

- 8 Mi presencia en el campo era moneda de intercambio. De hecho, en algún momento Coco le fue a pedir algo (unos remedios) a Perro y argumentó entre los motivos por los cuales el pedido no podía ser rechazado que él me estaba ayudando, tal como se lo había pedido.
- 9 Coco comúnmente repetía que estaba por abandonar sus adicciones y empezar una vida distinta y nueva.
- 10 Cabrón es bronca al revés y es un término del lunfardo utilizado para señalar el malestar anímico.
- 11 “Aguante es el término nativo que señala los saberes de lucha y resistencia distintivos de los miembros de “la hinchada”.
- 12 Referencias a estadios y viajes con “los pibes” que hice durante el trabajo de campo.
- 13 En algunas oportunidades usan ese eufemismo, solo ante mí u otros que no son “del palo”, cuando van a comprar droga o a fumarla al Parque.
- 14 Instituto de Desarrollo Económico y Social.
- 15 Es decir: un vendedor de droga (transa) le había robado (tumbado) quinientos pesos en marihuana.
- 16 La “hinchada” ocupa un lugar importante en la popular.
- 17 Corchazos se refiere a disparos.

## Bibliografía

- Auyero, Javier y Grimson, Alejandro (1997). “Se dice de mí...notas sobre convivencia y confusiones entre etnógrafos y periodistas.” *Revista apuntes de investigación*, N°1. pp 81 a 93.
- Cardoso de Oliveira, Roberto (1996). “El trabajo del Antropólogo: mirar, escuchar, escribir.” *Revista de Antropología*, N° 39:1. pp 13 a 37.
- Gil, Gastón (2006). “Controles etnográficos y expertos en el campo: cuando los “nativos” nos leen.” *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano*, Vol. 20. pp 129 a 148.
- Guber, Rosana (2001). *La etnografía. Método, campo, reflexividad*. Buenos Aires, Norma.
- (2004). *El Salvaje metropolitano: reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Buenos Aires, Paidós.
- Moreira, María Verónica (2006). “Una mujer en campo masculino y la identificación de género en el proceso de conocimiento antropológico”, ponencia ante VII Seminario Internacional Haciendo Género, Florianópolis, Brasil.
- Visacovsky, Sergio (2005). “El temor a escribir sobre historias sagradas. Memoria social, moralidad política y audiencias nativas en la Argentina.” En: Frederic Sabina y Soprano German (comp): *Cultura y política en etnografías sobre la Argentina*. Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes. Pp 271 a 314.

### “Josecito... te van a cagar a piñas”. Miedo y sentido común en el trabajo de campo.

#### Resumen

Proponemos reflexionar sobre el trabajo de campo etnográfico cuando el mismo nos lleva a relacionarnos con actores que están asociados a las prácticas violentas. Analizo en estas páginas mis temores y dudas a partir de dos situaciones sucedidas durante la investigación etnográfica, acontecidas luego de que los hinchas, “Barra Bravas” de una hinchada de fútbol, leyeron algunos de mis trabajos. La recepción del trabajo académico por parte de los hinchas suscitaba un gran miedo a ser violentado. Ante las primeras devoluciones de los hinchas temí que una crítica rotunda de mis postulados terminara con las relaciones estables que había entablado y que la ira de mis interlocutores derivara en una agresión física. Analizaré por qué establecí que la consecuencia lógica de la crítica a los razonamientos de mi investigación y la ruptura del lazo establecido con los hinchas era la violencia. Entonces, analizaremos cómo se construyen las sensaciones de miedo y cómo estas se relacionan con el sentido común al cual el investigador pertenece como miembro de la sociedad.

**Palabras clave:** Violencia- Trabajo de campo-Sentido común-Miedo

**"Josecito... they are going to beat up you". Fear and common sense in the field work.**

**Abstract.**

I intend to reflect on the ethnographic field work when it leads us to get acquainted with actors associated with violent practices. I analyze in these pages two situations that generated in me a deep fear when my interlocutors, members of a soccer gang, read some of my works. Their reception of my academic work raised a great dread in me of being assaulted. In view of the first devolutions I feared that a peremptory critic of my postulates would terminate the relationships that I had established in the field work and that my interlocutors' wrath derived in physical aggression. I wonder why I supposed that the logical consequence of the criticism to my research arguments and the rupture of the established link between us were the violence. Afterwards, I will examine how the feelings of fear are built and how they relate to the common sense to which the researcher belongs as a member of the society.

**Key words:** Violence – Field work - Common sense- Fear